DISCURSO DE CONTESTACION AL ACADEMICO NUMERARIO ILMO. SR. D. JUAN JOSE GOMEZ-LUENGO BRAVO

GUILLERMO SANTACRUZ
Numerario

Al ser designado para contestar, en representación de esta Real Academia, el discurso de ingreso pronunciado hace unos momentos por el ilustre Doctor Arquitecto **D. JUAN JOSE GOMEZ-LUENGO BRAVO,** cumplo el ritual corporativo con especial satisfacción ya que existen diversas circunstancias concurrentes, tanto en aspectos personales como profesionales, que han motivado una profunda y estable amistad entre nosotros desde hace mucho tiempo.

Debido a ello deseo cambiar lo que es norma habitual en los discursos académicos, disminuyendo, posiblemente, su nivel intelectual a cambio de aumentar, en la forma y el fondo, el valor humano de su contenido.

D. Juan José, Juan José o Juanjo, como es nombrado por casi todos los que estamos aquí, nació en Toledo, el año 1929, siendo hijo de D. José Gómez Luengo, el conocido y querido arquitecto provincial y diocesano, miembro numerario de nuestra Corporación, desde el año 1935 en que ingresó, hasta su fallecimiento, en 1985.

Yo nací en Mora de Toledo, el año 1930, en el seno de una familia de industriales, dedicados a la fabricación de piezas de fundición y maquinaria para la elaboración de vinos y aceites.

Aunque de joven hice frecuentes viajes a Toledo y Juanjo estuvo varias veces en Mora, no nos conocimos hasta que ambos eramos alumnos ingresados en la Escuela Superior de Arquitectura de Madrid.

En aquellos tiempos no recuerdo que hubiese otros toledanos estudiando nuestra carrera. Esta singularidad de ser únicos representantes escolares de nuestra patria chica provincial, nos llevó al conocimiento mutuo.

Juan José ingresó dos años antes que yo, en 1954, perteneciendo a la 111 promoción, hecho que entonces, y ahora, todavía recordamos los históricos. Los nuevos son tantos en cada curso y acaban la carrera de tan extrañas maneras, con el invento de los créditos de estudio, que estas cosas, entrañables antes, han pasado a mejor vida.

Siendo su padre arquitecto provincial y académico, era lógico que el hijo siguiera la vocación familiar, ya que había vivido desde pequeño el espíritu arquitectónico de esta incomparable ciudad.

Mi caso había sido distinto porque no existían antecedentes universitarios en mi familia, ni el medio industrial y rural donde viví en mi juventud era el más propicio para alentar el intento de ingresar en la carrera de arquitecto.

Cuando Juan José y yo estudiábamos, aprobar los dibujos suponía casi seis años de aprendizaje y formación.

Tanto tiempo, hacía que, cuando se comenzaba la carrera en la Escuela, la mayoría de los alumnos se conocieran por haber convivido muchos años en las academias donde se formaban.

Tampoco en ellas coincidí con Juanjo porque en mi preparación de ingreso fuí un poco heterodoxo. Seguí con ello la trayectoria marcada en el bachillerato, ya que no estudié en el Sadel con el querido don Antonio Bardón, ni en los Maristas, como era casi obligado entonces, sino en mi pueblo. Unos cuantos alumnos de Mora, actuando un poco en plan "guerrillero" porque no podíamos hacerlo de otra manera, nos preparamos en las escuelas públicas, teniendo como profesores a los maestros nacionales.

Estoy orgulloso de esa época y del esfuerzo que tuvieron que hacer aquellos hombres para darnos una formación que no desmereciera nada de la impartida en otros centros, como demostramos aprobando todos, a la primera, el histórico Examen de Estado.

En ese tiempo nació mi vocación de arquitecto y como ya sabía lo difícil que era acceder a la carrera, comencé el aprendizaje del dibujo junto con los estudios del bachillerato.

Mi maestra primera fué una mujer de la que guardo un recuerdo inolvidable: doña Rosa Pombo, madre de nuestros dos compañeros de Corporación, Rafael y Alejandro Fernández Pombo.

Luego, viviendo ya en Madrid, perfeccioné lo aprendido entonces, acudiendo a las Escuelas de Artes y Oficios, lugar no frecuentado por el nuevo académico, cuya formación artística la octuvo en academias especializadas.

Además de los dibujos, para ser arquitecto se sencesitaba una fuerte preparación matemática, exigiendo los planes escolares comenzar por los dos primeros cursos de Ciencias Exactas.

Luego debíamos enfrentarnos con el Cálculo Diferencial e Integral de la Escuela y rematábamos la suerte midiéndonos con los dibujos, los terroríficos Estatua y Lavado.

He contrastado recientemente los niveles artísticos de entonces y de ahora, encontrándolos muy diferentes.

Al comparar nuestras obras con las de nuestros hijos, por ejemplo, se aprecia claramente la evolución formativa de la carrera de arquitecto. Antes dibujábamos más, pero ideábamos menos. Hoy, en cambio, son más dialécticos, más teóricos, quizá porque esa es la necesidad actual de nuestra sociedad y la Escuela lo recoge.

Logré salvar el ingreso dos años después que lo hiciera Juan José, terminando, por tanto, con esa diferencia de tiempo ya que, entonces, salvo casos especialísimos, lo corriente era llevar un sólo curso y aprobarlo. También eso ha cambiado mucho ahora pudiéndose llevar asignaturas sueltas de varios cursos.

Nuestro nuevo académico, obtuvo el título en 1960, incorporándose rápidamente al trabajo en Toledo.

En 1961 le nombraron Arquitecto Diocesano y en 1963 fué municipal de Ocaña.

Tres años después, en 1966, obtuvo el grado de Doctor Arquitecto, ingresando también como arquitecto contratado en la Diputación. Dos años más tarde, en 1968, obtuvo la plaza en propiedad, al ganar la oposición convocada al efecto.

En estos tiempos iniciales fué cuando realmente comenzó nuestra relación profesional.

Cuando llegué a esta ciudad sólo había cinco arquitectos con estu-

dio abierto en la misma.

El decano de todos era D. Flaviano Rey de Viñas, que me acogió con todo cariño por aliviar su carga de trabajo y ser paisano.

Le seguía en edad el padre de Juan José; luego venía José Losada y Barroso, después Carlos Cano Cruz y, finalmente, Juan José Gómez-Luengo Bravo.

El panorama constructivo no era especialmente alentador, a principios de la década de los sesenta. Recuerdo que, según los datos estadísticos, se construían unas cincuenta viviendas al año, la mayoría de ellas en obras de pequeña importancia, dentro del recinto histórico.

Hacia 1965 se empezaron a percibir tiempos de bonanza económica.

Era necesario abrir los horizontes urbanos con edificaciones de acuerdo con lo prevenido en el Plan General Municipal de Ordenación, aprobado definitivamente el año anterior.

Hacia esa tarea se orientó ilusionadamente la Caja de Ahorro Provincial de Toledo.

Su primera gran obra fué la construcción de los Bloques, siendo también la primera que hicimos en colaboración, Juan José y yo.

Desde entonces hasta hoy, a nivel profesional, personal y familiar, nos hemos honrado mutuamente con una sincera y entrañable amistad.

Nos conocemos bien y creo que nos complementamos todavía mejor en cuantas obras hicimos juntos, a pesar de, o, quizá, por causa de nuestros diferentes caracteres. Muchas veces he reflexionado sobre ello y creo haber encontrado la causa.

Cuando se mantiene una amistad auténtica a través de los años, se apoya en un cimiento de valoración recíproca y de respeto mútuo, elementos esenciales en toda convivencia.

El afecto entre dos personas surge de un modo espontáneo, sin saber por qué. Se conocen y se caen bien o mal, a la primera impresión. Muy pocas veces cambiamos ese sentimiento por el conocimiento profundo de la identidad real de cada uno.

Pienso que conformamos a nuestro alrededor un campo de fuerzas humanas, a modo de un halo psico-magnético, que se atrae o repele con el que comporta otra persona.

Juan José y yo nos caimos bien desde el primer momento y así seguimos todavía, seguramente porque nuestra energía vital es de signos opuestos, como en la electricidad.

Nos caemos bien, nos queremos y además, nos respetamos.

El respeto recíproco es otra cuestión importante en la relación personal y todavía más en las de trabajo, en un campo tan controvertido como la estética arquitectónica. Las diferencias de opinión o de sensibilidad imponen, a veces, confrontaciones de criterios, cosntituyendo, normalmente, motivos de choques. Juanjo y yo hemos tenido muchos y los hemos resuelto sin imposiciones personales, ateniéndonos objetivamente a la idoneidad de la propuesta sobre el problema planteado, con independencia de quien pensara la mejor solución.

Comprendo que esto es muy difícil pero creo que Juanjo y yo lo hemos logrado a lo largo de muchos años.

Se está cerrando ahora un paréntesis abierto en 1967, año en que yo ingresara en esta Corporación.

Entonces había un José Gómez-Luengo en la Academia que me acogió con todo el cariño que su alma buena y generosa era capaz de otorgar. Hoy tenemos un nuevo Gómez-Luengo entre nosotros, al que llevo esperando muchos años.

El sabe que, durante todo este tiempo, alenté sus trabajos de investigación arquitectónica, ya que le veía vocacionalmente inclinado para ello, aunque sin el ánimo suficiente para manifestarlo.

Su primer trabajo público sobre la iglesia de San Salvador de Madridejos es una muestra de las cosas que yo he valorado siempre en él. Sus esquemas de trabajo son sencillos pero claros, consecuencia de su gran capacidad de análisis y profesionalidad. Sus soluciones nacen, a veces ocultas por el manto con que su personalidad humana disimula muchos de sus conocimientos, en un acto de maravillosa y sincera humildad.

Sin embargo, cuando es necesario, mantiene con firmeza sus opiniones. El discurso de ingreso es un ejemplo de ello, enfrentando valientemente su criterio con personas tan relevantes en el campo de la historiografía arquitectónica como Camón Aznar, Fernando Chueca Goítia o Fernando Marías.

Hoy, al recibir en la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias His-

tóricas de Toledo a nuestro nuevo compañero Juan José –para mí tres veces compañero por académico, por arquitecto y por doctor– él y yo cerramos un largo período de nuestras vidas.

Curiosamente lo cerramos vinculado a la memoria de D. Clemente Palencia, un académico de imborrable recuerdo para todos porque yo ingresé en esta Corporación traido de su mano y Juanjo recibe su medalla.

Pero no quedan cerradas nuestras vidas académicas porque, con la clausura de este acto, abriremos otro en el que debemos ya englobar a todos nuestros compañeros corporativos.

El trabajo de investigación, que hoy nos ha leido Juanjo, los muchos que aparecen en nuestra revista TOLETVM y los muchos más que se realizarían si tuvieramos medios económicos para publicarlos, son señales evidentes de la capacidad de esta Academia, consciente de realizar su labor humildemente, calladamente pero, también, con intensidad, tenacidad y, pienso que, cuando la ocasión lo requiere, incluso con valentía.

Reconociendo todas esas virtudes generales de la Corporación en nuestro nuevo académico, y recogiendo el sentir de todos sus miembros, a quienes en este momento mi voz representa, te decimos

Ilustrísimo Sr. D. Juan José Gómez-Luengo Bravo, bienvenido a la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo. Bienvenido, Juanjo.